

LONDRES, 11 de Febrero de 1754.

MI QUERIDO AMIGO.

Cuando vas al teatro francés, que espero será á menudo porque es un entretenimiento muy instructivo, debes haber experimentado los diferentes efectos que los personajes producen en tu alma, según se hallan bien ó mal representados. La mejor tragedia de Corneille, si se ejecuta bien, interesa, agita y remueve las pasiones. El amor, el terror y la piedad se apoderan alternativamente del alma; mas si por el contrario el actor representa mal, excita la burla y la indignación. ¿Por qué? Son las mismas expresiones de Corneille, el sentido es el mismo y la materia la misma en uno y otro caso. Esta gran diferencia consiste pues únicamente, en el mérito de la acción y de la expresión. Aplica esto á ti mismo, y deduce que si quieres agradar en la vida privada, ó persuadir en una asamblea pública, el aire, las miradas, las gesticulaciones, los movimientos, la enunciación, el acento propio y armonioso, son cosas tan necesarias como el asunto mismo. Deja que los toscos bachilleres, sin gracia y sin elegancia,

mienza á tomar el color de las buenas compañías que han tenido la bondad de recibirlo y de tolerarlo? si ha ganado terreno continuará siempre adelantado; pero si todavía se encuentra en donde estaba á su llegada á París, desesperaría yo, no obstante todos vuestros cuidados. Tiene tal confianza en vos que todo lo que le diréis hará en él cien veces más efecto que todas mis lecciones. Tal confianza va hasta la adoración, y bien os imagináis que yo fomento esta disposición. No uséis de tanta lenidad, ni le paséis la menor cosa. Por lo que hace á la pequeña confianza que os ha hecho, relativa á sus gastos, os diré que yo le había dado carta blanca, con orden de no contemplarme, para todo lo que fuese necesario ó aun decente; pero puesto que prefiere saber á qué atenerse, y que vos misma lo creéis así, para acostumbrarlo á una especie de regla en sus gastos, consiento en ello, con la condición de que vos fijéis la suma mensual. Por ejemplo queréis 1.000, 1.500 ó 2.000 francos cada mes. Por una parte no querría yo desembolsar para un gasto inútil ó frívolo, y por otro no querría que careciese de dinero para un gasto honroso. Si fijáis por ejemplo la suma de 1.500 francos, no entiendo por eso, entre nosotros, que en caso de necesidad no vaya más lejos; porque yo no quiero, con una economía impropia, privarlo de ninguna de las ventajas reales que acompañan á ciertos gastos decentes. Tened pues la bondad, Señora, de decirme la suma que juzguéis á propósito, bien entendido de que nunca nos desavendremos por un pequeño excedente de cuando en cuando.

digan lo que les parezca en defensa de sus sólidos discursos y de sus fuertes raciocinios; déjalos despreciar todas aquellas gracias y ornatos que seducen los sentidos y cautivan el corazón; ya verán (admirándose quizá en busca del por qué) que su materia áspera y ruda, y todos sus fuertes argumentos, desnudos y sin arte que los haga valer, no pueden agradar ni persuadir, sino fatigar y disgustar. Somos de tal naturaleza, que preferimos más bien que se nos divierta que se nos instruya. La instrucción es en cierto modo mortificante porque implica ignorancia; necesita que la endulcemos para que sea potable.

Á fin de aplicarte todo esto directamente, ten por entendido que nadie puede figurar en este país sino por su influencia en el parlamento. Tu suerte depende del crédito que adquieras como orador, y créeme evangélicamente, la manera mucho más que la materia decide del resultado. M. Pitt y M. Murray, son incomparablemente nuestros primeros oradores. ¿Por qué? Porque poseen más que ningún otro el mérito oratorio. Sólo ellos tienen la facultad de inflamar ó de calmar la cámara; sólo ellos se hacen escuchar en esta numerosa y turbulenta asamblea, de modo que podría oírse caer un alfiler cuando peroran. ¿Es acaso su materia más rica ó sus raciocinios más fuertes que los de los demás? ¿Espera de ellos la cámara alguna luz extraordinaria? No por cierto, lo que espera es placer y por eso escucha con la mayor atención; encuentra lo que desea y aplaude. M. Pitt particularmente tiene muy pocos conocimientos parlamentarios; su materia es fútil por lo regular, y sus argumentos débiles, pero posee una elocuencia superior; su acción es de lo más airosa, su elocución justa y llena de armonía; sus períodos muy bien redondeados, y cada expresión de que se sirve la más técnica y enérgica que pueda encontrarse. Esto, y no el asunto, es lo que lo ha elevado al puesto de tesorero del ejército á despecho del rey y de los ministros. De aquí puedes deducir la obvia consecuencia. En la conversación sucede exactamente lo mismo; porque aun las frivolidades relatadas con expresión y elegancia, serán sin comparación mejor gustadas que los discursos más sensatos del mundo despojados de estos adornos. Reflexiona por una parte lo que experimentas cuando te ves obligado á escuchar la relación fastidiosa, confusa y mal dispuesta de alguna persona sin gracia, aun cuando lo que refiera sea interesante; y por otra el placer con que oyes narrar alguna cosa de mucha menos importancia, pero expresada con pulidez y primor. Si estudias este buen gusto en

las conversaciones diarias, lograrás adquirirlo antes de entrar en el parlamento, y entonces nada tendrás que hacer sino realzar tus discursos y hacerlos valer un poco más. Desearía que tu atención á este objeto fuese tal, que no hablastes, ni aun á tu propio criado, sea cual fuere el idioma de que te sirvas, sino con toda la elegancia que admita el asunto. Piensa en los términos y en su distribución antes de abrir la boca; elige los más elegantes y colócalos en el mejor orden; consulta tu oído para evitar las cacafonías y, lo que es casi tan malo, la monotonía. Atiende así mismo á tus gesticulaciones y á tus miradas, aun cuando hables sobre las materias más fútiles. La misma cosa dicha de diferente manera, cesa de ser la misma cosa. El amante más apasionado del mundo no hará una declaración de amor en términos más fuertes que la que Molière pone en boca del *Bourgeois gentilhomme* en estas palabras: *Mourir d'amour me font, belle marquise, vos beaux yeux*. Desafío á cualquiera á que diga más, y sin embargo, á nadie aconsejaría yo que dijese lo mismo; al contrario, te recomiendo que ocultes tu pasión antes que revelarla en semejantes términos. En justicia debe decirse que los franceses cuidan mucho de la pureza, precisión y elegancia, tanto de su conversación, como de su correspondencia epistolar. *Bien narrer* es para ellos un objeto de estudio, y aunque á veces llevan su esmero hasta la afectación, jamás se explican de un modo vulgar, que es el peor de los dos extremos. Obsérvalos y forma tu estilo francés por el de ellos, porque la elegancia en una lengua se reproduce en todas. Yo conocí un joven que acabado de ser electo miembro del parlamento, sufrió la burla de muchos, porque se divulgó que algunos lo habían espiado por la cerradura de su cuarto, y visto que hablaba solo delante de un espejo ensayando sus gesticulaciones y ademanes. No me uní yo á los que se reían de él; al contrario, lo tuve por más discreto que los que trataban de ridiculizarle, porque supuse que conocía la importancia de estos requisitos en una asamblea pública y sus censores la ignoraban. Tu personita, que se me ha dicho tiene buena forma, es la misma, con un vestido bordado ó con un sobretodo burdo; sin embargo, pienso que preferirás el primero por ser más agradable. El hombre más grosero de Europa, si ve caer el abanico de manos de una dama, lo levantará ciertamente y se lo presentará; el hombre más cortés de Europa no puede hacer más en igual caso. Con todo, la diferencia será considerable. El último agradará haciéndolo con gracia; el primero será objeto de risa por su desairado

ademán. Lo repito y repetiré siempre: el aire, los modales, las gracias, el estilo, la elegancia y todos estos ornatos deben ser actualmente los únicos objetos de tu estudio; ahora ó nunca debes adquirirlos. Pospón cualquiera otra consideración; haz que ellos sean tu principal negocio; no pierdas un solo momento. Las cualidades sólidas unidas con las que sólo son agradables, producirían indudablemente el mejor efecto, pero si yo me viese obligado á optar elegiría las últimas sin vacilación.

Presenta mis cumplidos á Lord Huntingdon, á quien honro y amo, como me atrevo á creer que lo haces tú. Pronto le escribiré, aunque me parece que apenas tiene tiempo para leer una carta, y las que yo escribo á las personas que amo no son cortas, como lo sabes por experiencia; dígalo si no la presente, que habría sido aún más extensa si el papel lo hubiese permitido.

Buenas noches, mi querido hijo.

LONDRES, 28 de Febrero de 1751.

MI QUERIDO AMIGO.

Este epigrama de Marcial:

*Non amo te Sabidius, nec possum dicere quare;
Hoc tantum possum dicere, non amo te (a).*

ha embarazado á muchas gentes que no pueden concebir cómo es posible no amar á uno y no saber por qué. Yo creo comprender el sentido de Marcial, aunque la forma del epigrama, que debe ser breve, no le permitiese ser más explícito; pienso que el sentido es éste: « ¡Oh Sabidio! eres ciertamente hombre muy digno, » tienes mil buenas cualidades y mucha erudición; te honro y te » respeto, pero mi alma no puede amarte, aunque no me es po- » sible decirte por qué. No eres amable, no tienes aquellos mo- » dales atractivos, aquellas atenciones que encantan, aquellas » gracias y aquella blandura que son tan necesarias para agra-

(a) Don Juan de Iriarte lo traduce de esta manera:

Yo no te quiero, Sabidio,
Ni el por qué decirte puedo,
Lo que te puedo decir
Es sólo que no te quiero.

» dar, aunque no se pueden definir. No me es posible asegurar
 » que tal ó cual cosa me impida amarte; el total produce en mí
 » este efecto, y tomándote en conjunto eres desagradable. »
 ; Cuántas veces, en el curso de mi vida, no me he visto en esta
 situación con personas de mi conocimiento que he honrado y res-
 petado sin poder amarlas! Yo no sabía la causa, porque cuando
 uno es joven no se toma el trabajo de analizar sus propios senti-
 mientos, ni de buscar de dónde dimanan; pero la observación y
 las reflexiones posteriores me han dado á conocer al fin el origen
 de ellos.

Hay un hombre (a) cuyo carácter moral, profunda erudición y

(a) El eminente escritor Samuel Johnson. Antes de ver su retrato tra-
 zado de mano del conde de Chesterfield, no parece superfluo exponer
 lo que pasó entre estos dos hombres célebres, para que se pueda juzgar
 con más acierto sobre las causas de su mutua animosidad.

La originalidad del carácter de Johnson es confesada por sus íntimos
 amigos, y se sabe además, que era de genio agrio y bilioso, y que aun
 en la época de su mayor pobreza mostró un orgullo que le ocasionó al-
 gunos disgustos, le enajenó muchas voluntades y le atrajo el epíteto de
 feroz. Careciendo en 1747 de recursos para imprimir sus obras, supo
 que el autor de estas cartas se mostraba dispuesto á favorecer la empresa
 de su famoso diccionario, y publicó el *Plan de un Diccionario del idioma
 inglés dirigido al Conde de Chesterfield, Secretario de Estado*, etc. Una ter-
 cera persona se encargó de llevar el manuscrito al Conde, y éste invitó
 á Johnson para que pasase á verle. « Nunca, dicen las memorias de
 » aquellos tiempos, se reunieron dos caracteres más opuestos; el Conde
 » celebrado por su ingenio agudo y todas las gracias de sus modales,
 » Johnson imbuído de su propio mérito, con humos de indisputable
 » superioridad, versado en los silogismos escolásticos, pero inculto, vehe-
 » mente, clamoroso é ignorante de las reglas de la fina conversación.
 » El choque entre ambos era muy natural. Johnson esperaba un Mecenaz
 » y no halló amparo ni protección. Las visitas continuaron pero el reci-
 » bimiento no fué cordial. Un día que Johnson había aguardado una hora
 » en la antecámara del Conde, en espera de que se retirase una persona
 » que con él hablaba, vió salir á un tal Cibber, cómico de nombradía,
 » y encendido en cólera partió al punto resuelto á no poner más los pies
 » en su casa. » Pasaron después siete años antes que Johnson lograra
 allanar las dificultades que se le presentaron para publicar su obra, y
 cuando ésta se hallaba en visperas de ver la luz, el conde, que solia
 enviar sus ocios literarios á un periódico titulado *El Mundo*, la alabó en
 dos artículos consecutivos. Johnson lo supo y dijo á sus amigos: *Yo he
 recorrido, á semejanza de un viajero que da vuelta al mundo, el complicado
 laberinto del idioma inglés y ahora envía el Conde dos botecillos para con-
 ducirme al puerto!* Su orgullo se creyó ofendido con esta gratuita reco-
 mendación, y escribió á su panegirista la siguiente carta:

talentos superiores reconozco, admiro y respeto, pero me es tan
 imposible amarlo, que casi me entra fiebre cuando me encuentro
 en su compañía. Su figura, sin ser deforme, parece hecha para
 ridiculizar la estructura del cuerpo humano; sus piernas y brazos

« Mylord,

« Por los redactores del *Mundo* he sabido que dos artículos en que se
 » recomienda al público mi diccionario, fueron escritos por V. S. Tal
 » distinción es un honor que, no hallándome acostumbrado al favor de
 » los grandes, no sé cómo recibir ni en qué términos reconocer.

» Cuando en consecuencia de una ligera invitación visité á V. S. por
 » primera vez, experimenté, como todo el mundo, el encanto de sus
 » modales, y no pude reprimir mis deseos de alcanzar una estimación
 » que veía yo se disputaban los demás. Pero fué tan poco el estímulo
 » que halló mi obsequiosidad, que ni el orgullo ni la modestia me per-
 » mitieron continuarla. Una vez que hube dirigidome á V. S. pública-
 » mente, quedó agotado todo el arte de agradar que puede poseer un
 » escolar retirado y extraño á las maneras de los cortesanos. Hice
 » cuanto pude, y por poco que sea á nadie gusta ver desdeñado todo lo
 » que puede hacer.

» Siete años han transcurrido, Milord, desde que esperé en la antecá-
 » mara de V. S. ó fuí despedido de ella, durante cuyo tiempo no he cesado
 » de hacer esfuerzos para llevar á cabo mi obra, venciendo dificultades
 » de que es inútil quejarme; y al fin la he traído al borde de su publi-
 » cación sin un acto de asistencia, una palabra de patrocinio ó una son-
 » risa de favor. No esperaba yo tal trato porque no había tenido antes
 » ningún patrón (*).

» El pastor de Virgilio quiso hacer conocimiento con el Amor, y lo
 » halló nativo de las rocas (**).

» ¿Podrá llamarse patrón, Milord, aquel que ve con indiferencia á un
 » hombre que lucha en el agua por salvar la vida, y al poner el pie en
 » la playa le embaraza con auxilios? Si la noticia que V. S. ha querido
 » dar de mi obra hubiese sido anticipada, habría sido bondadosa, pero
 » se ha retardado y viene cuando me es indiferente y no puedo disfru-
 » tarla; cuando me veo solitario y no tengo con quién dividirla; cuando
 » soy conocido y para nada puedo necesitarla. Confío en que no es cínica
 » aspereza negar obligaciones cuando no se recibe ningún beneficio; ó
 » no querer que el público considere que debo á un patrón lo que, gra-
 » cias á la Providencia, he sido capaz de alcanzar por mi solo.

» Habiendo llevado mi obra á tal distancia, con tan poca obligación á
 » los amantes de las letras, no la veré malograda, aunque querría con-

(*) Johnson en su diccionario define así la palabra patrón; el que protege, sostiene y apoya:
 por lo regular es un miserable que patrocina con insolencia recibiendo en pago groseras lison-
 jas. Esto, dice un escritor, lo escribió indudablemente Johnson con la mira de definir á su
 patrón. Tr.

(**) El doctor alude á estos versos de Virgilio:

Perfide, sed duris genuit te cautibus horrens
 Caucasus, hircanæque admorum ubera tigres.

Eneida, liv. IV, 366.

jamás ocupan el lugar correspondiente á la situación de su cuerpo, sino que constantemente se emplean en cometer actos hostiles contra las gracias. Cuando bebe derrama el licor por todas partes excepto en su garganta, y despedaza lo que quiere trinchar. Sin atender á las consideraciones que reclama la vida social, es inoportuno en todo; disputa con calor y demasiada libertad, sin hacer caso de la jerarquía, carácter ó situación de las personas á quienes habla; ignora completamente los diferentes grados de familiaridad y de respeto; es absolutamente el mismo con sus superiores, sus iguales ó sus inferiores, y por consecuencia, sus procedimientos son absurdos con dos de estas tres clases de gentes. ¿Es posible amar á hombre semejante? No: todo lo que por él puedo hacer, es considerarlo como un respetable Hotentote.

Me acuerdo que cuando me separé de Cambridge, había yo adquirido, entre los pedantes de aquel llano seminario, una petulancia literaria, con cierto gusto por la sátira y el desprecio, y una fuerte tendencia á argumentar y contradecir; pero luego que hube entrado en el mundo, conocí que no era este el tono que me convenía, é inmediatamente adopté el carácter opuesto; ocultaba mi saber, aplaudía muchas veces sin aprobar y cedía á menudo sin convicción. El *suaviter in modo* era mi ley y mis profetas; y si conseguí agradar (te lo digo en confianza) fué mucho más por esto, que por mi saber ó mi mérito. Á propósito, la pa-

» cluirla, si menos es posible, con menos; porque hace tiempo que des-
» perté del sueño de esperanza de que me vanaglorié un tiempo con
» demasiada alegría.

» Soy Milord, de V. S.

» muy obediente y humilde servidor.

» SAMUEL JOHNSON. »

Esta carta, llena de sátira y de austera censura, fué recibida por el Conde con serenidad quizá aparente. El tiempo probablemente había amortiguado las desagradables impresiones que la presunción, la arrogancia y los modales bruscos y groseros de Johnson habían hecho en su alma; y sus artículos recomendatorios acaso no dimanaron más que de la notoria solicitud que siempre había mostrado por los progresos de la literatura. El resentimiento del iracundo vocabulista habría quizá calmado, si la publicación de estas cartas póstumas no hubiese venido á reanimarlo. Se divulgó que dos ó tres pasajes de ellas se referían á él; y si los sentimientos que había abrigado contra el Conde, por sólo el motivo que se ha visto, eran tales como lo demuestra la carta que precede, cuál no debió ser su encono luego que fué conocido del público el retrato suyo que el conde padre había hecho á su hijo bosquejándolo con los colores que el lector pasa ahora á examinar.

labra *agradar* me recuerda á Lady Hervey. Te pido le digas que la hago responsable de ti por lo que hace á agradar; que la considero como una encantadora Falstaff (a), que no solamente agrada por sí misma, sino que enseña el arte á los demás; que sé que ella puede hacer de un hombre lo que quiera; y que en calidad de directora, si no te enseña á agradar, será porque no quiere. Me figuro que eres de la madera propia al efecto; y siendo así, una escultora tan buena como ella puede darte la forma que le plazca. La versatilidad de modales es tan necesaria en la vida social, como la flexibilidad de opinión en la vida política: Á veces es necesario doblegarse para prevalecer; humillarse un tanto para ensalzarse; es preciso, como dice San Pablo, transformarse en todo con todos los hombres á fin de ganar á algunos, y, sea dicho de paso, los hombres se ganan por los mismos medios, *mutatis mutandis*, que las mujeres, por la galantería, la insinuación y la sumisión. Estos versos de M. Dryden pueden aplicarse á un ministro, como á una querida:

*The prostrate lover when he lowest lies,
But stoops to conquer, and but kneels to rise (b).*

En el curso del mundo son necesarias las propiedades del camaleón; y aun á veces conviene llevarlas un poco más lejos, porque debes tomar hasta cierto punto el color del hombre ó de la mujer que desees ganar.

¿Has hecho muchos conocimientos entre los jóvenes franceses que cabalgan en esa academia y quiénes son? Procura lugar para toda esta cháchara en tus cartas, con las que te pido me honres más á menudo. Si frecuentas algunos de esos enjambres de ingleses que infestan las calles de París, nómbramelos. ¿Has terminado ya con el abate Nollet? ¿Te hallas al corriente de todas las propiedades y efectos del aire? Si fuese yo inclinado á juegos de palabras, te diría que los efectos del *aire* pueden aprenderse mejor con Marcel. Si hubieres concluido con el abate Nollet, suplica á mi amigo el abate Sallier que te recomiende algún descarnado *Philomathe*, para que te enseñe un poco de geometría y de astro-

(a) Personaje de la tragedia de Enrique VIII de Shakspeare.

(b) ¿Fino al amante mostrarse
Ves doblando la rodilla?
Pues para triunfar se humilla
Y postra para elevarse.

nomía; no una dosis que absorba toda tu atención y ponga tu espíritu en tormento, sino la suficiente para no ignorar del todo estas materias. Últimamente he tenido que convertirme en *astrónomo* á pesar mío; el lunes último presenté en la cámara de los Pares un proyecto para reformar nuestro calendario y adoptar el nuevo estilo. Me vi obligado esta ocasión á hablar la jerga astronómica, de la que no sabía una palabra; pero la aprendí de memoria y la hablé por rutina bajo el dictado de un profesor. Sentí que mis conocimientos sobre el particular no hubiesen sido tan extensos como deseo que sean los tuyos. Pero de todas las ciencias la mejor y más necesaria es conocerse así mismo y á los demás, y para esto se requiere mucha atención y experiencia; pon en uso la primera y trata de ganar la última. Á Dios.

P. D. Recibo en este momento tus cartas de 20 y 25. Tendré cuidado de que el sello se concluya lo más pronto posible. Me alegro de que te halles empleado en el despacho de Lord Almarle, donde á lo menos aprenderás el mecanismo de los negocios, como cerrar, dirigir y extractar las comunicaciones, porque no debes imaginarte que has de saber desde luego los mayores secretos de la correspondencia; y en realidad que esto no conveniría á tus años. Sin embargo, acostúmbrate al sigilo para que se te confíen con el tiempo las negociaciones más secretas (a).

(a) Febrero 23. El autor á la marquesa de Monconseil :

..... Hay en el retrato de vuestro discípulo que me comunicáis, y que estoy seguro es muy semejante, algunos rasgos que me chocan infinitamente, y que desfigurán enteramente el conjunto, no obstante otros buenos rasgos que en él se encuentran. Temo aún que me sea muy difícil corregir el original, puesto que hasta ahora habéis perdido vuestras penas, y que yo, durante tres años he trabajado sin descanso inútilmente. Por este mismo correo le escribo una carta muy fuerte (*) sobre el particular, y para no comprometeros le digo que he recibido al mismo tiempo una carta vuestra que le es muy favorable, y otra de mis amigos de una naturaleza muy diferente de la cual le envío un extracto, haciéndole su retrato según las indicaciones que me habéis comunicado, y termino con las más fuertes reprensiones que él se guardará muy bien de mostraros. Para desorientarlo aún más, y para ponerlos en estado de hablarle aún con mayor fuerza sobre la materia, le digo que al mismo tiempo os envío copia de este retrato, para que me digáis verdaderamente si es ó no semejante. Tened pues la bondad, Señora mía, de decirle que habéis recibido carta mía y que os encontráis muy embarazada sobre lo que debéis contestarme; que veis bien que mi paciencia se halla ya apurada hasta el extremo con la sospecha de que este retrato

(*) Esta carta parece haber padecido extravío.

LONDRES, 1º de Marzo de 1751.

MI QUERIDO AMIGO.

Días pasados te cité una máxima que deseo tengas en la memoria y observes en tu conducta : *suavitér in modo, fortitér in re* (a). Yo no conozco otra regla tan irrecusable ni tan útil al paso que necesaria en todo el curso de la vida. La tomaré ahora por texto; y como los viejos gustan predicar, y yo tengo algún derecho para hacerlo, mi sermón de hoy versará sobre estas palabras. Para proceder pues regularmente, según las reglas del púlpito, te haré ver en primer lugar, hijo muy amado, la conexión que hay entre

se le parezca : ¿qué sería pues si certificaseis tal semejanza? Esto lo alarmará grandemente, y al mismo tiempo os procurará ocasión para decirle las cosas más fuertes, bajo pretexto de consideraciones respecto de mí. En efecto, el muchacho será perdido si no se corrige á fondo de esas malas maneras, de esa inclinación á desaprobá todo, y á disputar con imperiosa acritud. Que tenga talento, que haya en él mucho bueno si lo queréis, es un buen fondo; pero también sabéis mejor que yo que es un fondo que producirá poco si no se halla cultivado por las buenas maneras, la dulzura, las gracias, los encantos, en fin, todo lo que os distingue : Cierto es que todavía es joven, pero también hace año y medio que frecuenta todo lo que había de mejores compañías en Italia; y aun desde que se encuentra en París, había debido formarse considerablemente, vistas las buenas compañías que ha frecuentado durante dos meses, por no decir nada de vuestros preceptos y de vuestro ejemplo. Esto me hace casi desesperar, y no espero remedio, si es que hay alguno, sino de vuestra parte. Para ponerlo en mejores términos con vos le escribo que solamente porque os interesasteis aumenté la suma mensual que debe gastar, á mil y quinientos francos, y que no nos indispondremos si tomare en caso de necesidad hasta dos mil, bien entendido, como me lo habéis aconsejado, de que no adoptaría por esto un aire de superioridad ó de desprecio con los que no dispusieren de la misma cantidad. Mediante todas estas circunstancias, no debéis andar con él con paños calientes; decidle las verdades puras; siendo de vuestra parte las escuchará con paciencia y atención : su fortuna se halla enteramente en vuestras manos; si se corrige sólo lo deberá á vos. Independientemente de toda ternura paternal, ha sido después de tan largo tiempo el objeto de mis cuidados, y me he lisonjeado tanto de hacer de él algo bueno, que me apesadumbraría infinito encallar cerca del puerto; y tal sería precisamente el caso si, con un fondo de talento natural y mucho adquirido, le faltasen las maneras necesarias para hacerlo valer. Perdonadme, Señora, etc.

(a) Suave en los modales, firme en el asunto.

Tr.

las dos partes de mi texto, *suaviter in modo*, *fortiter in re*; en seguida señalaré las ventajas y la utilidad que resultan de su estricta observancia, y concluiré con una aplicación general.

El *suaviter in modo* degenerará en complacencia tímida y abyecta, si no se sostiene y dignifica con el *fortiter in re*, que también tocará en el extremo opuesto de impetuosa brutalidad, si no se temple y neutraliza con el *suaviter in modo*, aunque sea rara la combinación de ambos. El hombre acalorado y colérico, cuyos espíritus animales están en fermentación, desprecia el *suaviter in modo*, y cree conseguir siempre sus miras con el *fortiter in re*. Puede á veces lograrlo, cuando tenga que habérselas con gente débil y tímida, pero su porción más segura es chocar, ofender, ser odiado y errar el tiro. Por otra parte, el hombre artero y astuto, cree alcanzar lo que desea empleando únicamente el *suaviter in modo*: se amolda á los hombres y á las cosas, parece carecer de opinión propia y adopta servilmente la de la persona que tiene delante; se insinúa solamente en la estimación de los necios: pero muy pronto es descubierto y seguramente despreciado por todas las gentes sensatas. El hombre hábil y prudente, que difiere del artero tanto como del colérico, es el único que sabe unir el *suaviter in modo* con el *fortiter in re*. Pasemos ahora á las ventajas que resultan de este precepto.

Si te hallas con autoridad y derecho para mandar, tus órdenes significadas *suaviter in modo*, serán obedecidas voluntaria y gustosamente, y por consecuencia bien ejecutadas; al contrario, si las das únicamente *fortiter*, esto es, brutalmente, serán como dice Tácito, interpretadas más bien que ejecutadas. Por mi parte, si ordenase yo á mi criado con modo áspero é insultante que me sirviese una copa de vino, temería que al obedecerme tratase de derramarlo encima de mí, y sin duda que lo merecería. Una resolución fría y reposada debe hacer ver, cuando tienes derecho de mandar, que quieres ser obedecido; mas al mismo tiempo el modo suave y sereno de exigir esta obediencia, la tornará casi en placer y suavizará en lo posible el sentimiento mortificante de la inferioridad.

Si pides un favor, ó aun si solicitas lo que te es debido, es menester obrar en ambos casos *suaviter in modo*, porque de lo contrario procuras á los que tienen intención de no condescender con tus miras, un pretexto para ello, por tu manera de obrar; por otra parte es necesario, á fuerza de perseverancia y de firmeza, mostrar el *fortiter in re*. Los motivos justos son rara vez el móvil

de las acciones de los hombres, sobre todo de los reyes, de los ministros y de todos aquellos que ocupan las regiones elevadas, porque frecuentemente conceden á la importunidad y al temor, lo que rehusarían á la justicia y al mérito. Atrae, si puedes, los corazones con el *suaviter in modo*, y evita á lo menos todo pretexto de ofensa; pero ten así mismo cuidado de manifestar suficientemente el *fortiter in re* para arrancar de su temor, ó de su indolencia, lo que desesperas conseguir de su justicia ó de su buena índole. Las gentes en altos puestos se hallan endurecidas á las necesidades y miserias de los demás, como los cirujanos á las enfermedades corporales (a). Reyes y ministros escuchan todo el día quejas mal fundadas, de modo que no saben cuáles son reales ó fingidas (b). Es pues necesario interesar otros sentimientos, independientemente de los de mera justicia y humanidad; su favor debe conquistarse por el *suaviter in modo*, atormentarlos á fuerza de importunidades, ó despertar su temor amenazándolos indirecta al paso que decorosamente con tu resentimiento frío é implacable; este es el verdadero *fortiter in re*, único precepto que yo conozco para ser amado sin desprecio y temido sin odio, circunstancias que

(a) Con referencia á reyes y ministros acosados con solicitudes de toda especie, dice Castillejo:

Y así se les endurece
El corazón de metal
Y el sentido se adormece
Para no sentir el mal
Del prójimo que padece.

Y la caridad preciosa
Está de ellos tan ajena,
Que aunque quieran esforzarse
Y tener la intención buena
No pueden apiadarse
De ajeno daño ni pena.

(b) El siguiente epigrama francés fué compuesto por un famélico poeta que no pudo obtener de un ministro la gracia que solicitaba:

Certain ministre avait la pierre;
On résolut de le tailler:
Chacun se permit de parler,
Et l'on égaya la matière.
« Mais comment, se demandait-on,
A-t-il pareille maladie?
— C'est que son cœur, dit Florimon,
Sera tombé dans sa vessie. »